



## Crédito para todos

Escrito por Esteban David Rodríguez

Monday, 10 de February de 2014



El dinero es una perra que se acuesta en tu cama cada noche y te vigila mientras duermes, una perra celosa que quiere toda tu atención, y si no se la das, un día despertarás y te habrá abandonado para siempre...

Eso dice, palabras más, palabras menos, Gordon Gekko (Michael Douglas), el personaje central de *Wall Street, el dinero nunca duerme II* (Oliver Stone, 2010), secuela de la producción del mismo nombre del lejano 1987, donde Douglas interpretara al mismo cínico personaje, joven y en pleno poder, que le valió tanto el Oscar como el Globo de Oro 1988 por la mejor actuación, y a la cinta otro múltiples premios.

La secuela no recibió los galardones que consiguió la cinta inicial -probablemente no era políticamente correcto laurear una representación tan reveladora de la vehemente frialdad con que se mueven las inversiones bursátiles, en un momento en que la inflación castigaba a países ricos y pobres, y en el que según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) el mundo batía todos los récords de desempleo de la historia, con 205 millones de personas sin plaza laboral.

Pero reproduce con el éxito de la primera la fascinación causada por los secretos de ese mundo compuesto por troncos de dinero asentados permanentemente sobre una torre de naipes en cuya construcción colaboramos prácticamente todos.

Gekko, el ex magnate financiero sin escrúpulos que tras ocho años en prisión por fraude, intenta volver al despiadado juego bursátil tras el crack que desencadenó la Gran Recesión que iniciara en 2007, nos ofrece la clave de dicha fascinación: a todos nos gusta ser engañados.

Su discurso es sencillo y se liga a una frase sobre la que gira la primera cinta: "La codicia es buena, necesaria y funciona". En la segunda agrega: "Ahora también es legal". Y la explica no en términos morales, sino en razón de sus consecuencias prácticas:

La codicia es lo que lleva a un cantinero a comprar tres casas que no puede pagar, lo que empuja a una pareja a hipotecar su casa de 200 mil dólares por 250, y comprar con los 50 sobrantes un televisor de plasma, celulares, ordenadores, una camioneta y, ¿por qué no?, tal vez también otra casa.

Es por la codicia que el gobierno estadounidense bajó las tasas de interés después del 9-11 al 1%, para que los consumidores pudieran volver a comprar.

"Los inversores de alto riesgo, los fondos de inversión, se emboisaban 50, 100 millones de dólares anuales, así que el señor banquero miró y dijo, llevo una vida muy aburrida, y comenzó a endeudar los intereses a 40 o 50 a 1, no con su dinero, sino con el de los ahorradores. Y lo más hermoso es que nadie es culpable, porque todos nos tragamos sus mentiras", exalta con su alma de bróker.

El 40% de las ganancias corporativas en los EU provienen de los servicios financieros, no de la producción de cosa alguna, informa, antes de esclarecer:

-El origen de todos los males es la especulación, deudas apalancadas, préstamos a ultranza, un modelo comercial en bancarrota, que no funciona, sistémico, maligno y global...

Pero parece que todo el mundo lo ha olvidado, o es verdad que a todos nos gustan las viejas mentiras.

Incluso los análisis más someros sobre la [Gran Recesión](#) desatada por el desplome de Lehman Brothers, y cuyos últimos coletazos son previstos por algunos para 2025, encuentran, por ejemplo, que una de las razones del desplome fue la desregulación comercial.

Sin embargo, seguimos creyendo en las calificadoras financieras, ¿de dónde?, sí de Wall Street, las mismas que forman parte del engranaje de la economía especulativa, las que castigan con sus calificaciones de grado de inversión a los países por su sobrerregulación económica y premian a los que hacen esfuerzo por desregularlos

¿Cómo desregulas? Limitas el poder del estado a su mínima expresión, rematas a precios de carnaval los activos productivos del estado, implementas un sistema de flexibilidad laboral que no es otra cosas que acotar los derechos laborales de los trabajadores, acotas la responsabilidad de la empresa respecto de la cobertura social de los empleados, persigues con ahínco las primeras posiciones en el tablero de mano de obra barata mundial, estableces esquemas fiscales amigables para los inversionistas, abres los mercados protegidos -digamos electricidad, petróleo, telecomunicaciones- con la mayor certeza jurídica para los inversionistas, o sea, asumiendo el riesgo moral de las operaciones...

¿Cuál es el premio? Tu país, es decir, tu mercado, será llamado una exitosa economía emergente, después llegarán grandes capitales dispuestos a exprimir hasta donde se pueda y en el menor tiempo posible las ventajas de este mercado desregulado, a explotar los sectores abiertos, con el mínimo de inversión y las mayores ganancias posibles, como exige la regla de oro de los negocios, hasta que los depredadores encuentren pastos más verdes, es decir, mercados emergente más competitivos a los que Moody's, JP Morgan o Standard & Poor's depositen su confianza.

México ha visto la misma historia una y otra vez. La más nítida fue las de los 90s, cuando el broker Carlos Salinas vendió a todos los mexicanos bonos de futuro que acabaron por no tener fondos. Después de que todos compraron los ordenadores, la camioneta y la segunda casa, como el cantinero de Gekko, comenzó el infierno. El broker le llamó "el error de diciembre". El corredor a cargo, Ernesto Zedillo, tomó las fichas, culpó al predecesor, y apalancó la deuda. La verdad es que todos ellos sabían en qué podía terminar.

Ahora, las calificadoras señalan a México como [el nuevo campeón emergente](#), aunque hace un año le augurasen el fondo del averno. El nuevo broker luce complacido. Después de todo, mientras puedas vender, no debes dejar de hacerlo.